

## **Recibir lo sacrificado.**

### **La escritura como albergue de lo imposible.**

#### ***Acerca Del vodka hecho con moras de Ana Arzoumanian***

No escribir, sino implantar una voz en una zona de disolución, del cuerpo, de la lengua, de la identidad. Introducir la muerte en la vida, la potencia de la negatividad, para realizar un sujeto no en su pretensión de plenitud que lo excluye, sea ésta de saber, de ser, de goce, sino anudándolo a una existencia que es de pérdida, de caducidad.

Del vodka hecho con moras.

Él, un ex-soldado armenio, Ella, una argentina de origen armenio. Él traduce manuscritos de una lengua antigua, Ella, habla un armenio raro, extranjero. Él, el cuerpo, herido de muerte, Ella, la lengua, hendida por la diáspora. Ella en Él, Él en Ella, no una relación, sino un tejido sexual, que se tensa y se afloja, que busca el aniquilamiento del otro, la pura negatividad del otro, el despedazarse, para concebir la imposibilidad de inscribirnos en una unidad, nacional o sexual, identitaria, para concebirnos parciales, en definitiva, para parirnos, como siendo objeto de una pérdida inaugural del sí mismo.

Él, Ella, no se entienden, se traducen, pero, ¿con qué lengua, en qué lengua, cuál la lengua de origen, cuál la de destino? Buscan en las grietas del cuerpo del otro el lenguaje original, el que está extraviado en la Babel de los idiomas. Alguna vez supo haber Una, pero no aconteció, no fue dada, permanece en esa condición, “queda aún por ser dada”, queda nonata. Esta avaricia de origen deja como saldo una promesa de una lengua que sí, Una intraducible, que no claudique a un sentido vacilante, pero ésta no existe, salvo como “por venir”. Escribir no con la lengua perdida, sino con la huella de ese extravío. Huellas de huellas.

Él, el ex-soldado armenio recuerda, y la memoria de la guerra que no acumula, que no progresa, que no acierta, que no ayuda a entender, más bien constata la degradación del hombre por el hombre, más bien excluye cuando recuerda, más bien fabrica restos sin resto, más bien sedimenta escoria, ese residuo que no se reintegra en la memoria del ex-soldado armenio.

Ese sentido que fuga en el fin de la contienda, del amor, de la guerra, cuando sólo quedan restos. ¿Es que hemos venido a escarbar en el desperdicio, nuestro desperdicio, que nos mire para recordarnos que el otro, el enemigo, el perseguidor, no nos identifica, nos escinde?

Y la piedra de la memoria que se atasca.

Él, Ella, dos cuerpos en una Armenia de posguerra, injertándose en la memoria del ex-soldado, usurpándose en un lazo de hambre, de carestía, de deseo sexual, buscando dañarse, herirse, aniquilarse. La inanición primitiva de los cuerpos que buscan sólido, donde muerda una identidad que se disgrega.

El goce sexual invocado e invocante de esa imposibilidad de posesión del cuerpo del otro. El sexo como esa tierra que es conquista y caída, que hace estallar el cuerpo en pedazos como una granada, y ahí estamos, juntando esquirlas para darnos una geometría, una figura menos desintegrada.

“¿Qué es una parte?”

El sexo como la guerra, dejan rastros que perduran como restos arqueológicos de una anatomía imposible de restituir.

La memoria, como el sexo, maldice. La parte por el todo.

“¿Qué es una parte?”

Concebir por qué los hombres pueden abismarse en lo anónimo, convertirse en seres excluidos de sus actos, en una herramienta inmotivada, efectiva, imparcial. La guerra cambia la mirada, la neutraliza, la hace orgánica, física. En la guerra el cadáver raramente te mira. La voz que se tuerce en un músculo, desnuda, que ejercita su filo, que no hiere sino lastima sin rostro que la habite.

No una voz épica, no una voz víctima, no una voz verdugo. La voz en lo fronterizo, ni Europa, ni Asia, en una zona de indecisión, una voz que no es ni de aquí ni de allá, no es totalmente. Una voz que está afuera. ¿Cómo contar la memoria desde lo exterior? No una voz, sino el eco. Ser eco, fragmentos de un espejo roto donde el emisor no se contemple.

Asumir la voz en el punto donde se extingue.

¿Cómo contar privados de la lengua primordial, de la lengua primera y última la memoria de un pueblo, de una guerra, de una vida? ¿Cuál es la memoria de los pueblos? Faltos como estamos de lengua, de memoria, de acontecimiento, ¿nos queda escribir ese despojo en una lengua partida? El cuerpo del otro como esa superficie donde se va a ejecutar esa incisión de origen, roturar la tierra del cuerpo con una marca indeleble, con el hierro incandescente del amo, para poseerlo, porque estamos desposeídos, porque hemos sido saqueados. Y esta materialidad negativa, no lengua, no memoria, no acontecimiento, llama a la sustancia corporal, al acontecimiento del cuerpo para realizar

en el órgano ese ultraje primero del que estamos hechos. Porque es preciso que haya una lengua que no exista para que suceda el acontecimiento del cuerpo. La lengua perdida, inmemorial, incorpórea, llama al cuerpo.

¿Es este nuestro mito? ¿Esa avaricia de origen proliferando la escritura en una promesa de una lengua que sí, una lengua inequívoca, lograda, una promesa de cuerpo, de que la palabra haga cuerpo? ¿Acaso una lengua acabada no es una lengua muerta, instrumental, absolutamente audible?

¿No es acaso que el sexo maldice su objeto porque no lo puede absorber en la lengua?

El enemigo, maldito, el objeto sexual, maldito. Despreciarlo, hasta lo inaudito.

Él, un ex-soldado armenio, Ella, una argentina de origen armenio, se encuentran en Armenia, una tierra en la que conviven la devastación de la guerra y la reconstrucción. La voz del ex-soldado se apaga, ha sido hendido de muerte por un proyectil. Hablar como supurar, excretar partículas hasta que sólo quede el átomo irreductible, indiviso de la causa, ser la causa sexual, fundirse en la causa, vencidos, decididamente abolidos, y así suturar la hiancia causal abierta en el hombre con la fibra cruda de lo insaciable.

En la guerra como en el sexo, siempre se es el blanco.

Él, el ex-soldado armenio, ha sido herido de muerte por un proyectil que no es del enemigo. ¿Pero quién es el enemigo? ¿Quién mata, quién muere? El francotirador pone el ojo en la mira, en el otro, dispara. ¿Pero dónde impacta el proyectil? ¿Acaso no hay que desmontar el ver, la representación del mundo, acaso no hay que arrancarse los ojos como Edipo para finalmente ver que son esos ojos arrojados a la tierra los que nos miran para descubrirnos en la impostura de un deseo de saber más allá de lo posible? El cuerpo del otro, del enemigo, muerto por el impacto de un proyectil, ¿no nos mira en la impostura de saber qué somos, de saber por qué se dispara, de saber por qué se mata y se muere? Hacer una punción en el ver, extirpar el ojo para ser sujetos no de la representación, no del saber, sino de la pregunta, del enigma, de la cavidad, del hambre, para mirar con los ojos del deseo.

“Soy el enemigo”.

La memoria que quiere comprender, regresa, pero no hay dónde, no hay lugar. La memoria como la arena, incontable, se disemina, erosiona en partículas, no forma grumos, se licúa. ¿Qué fuimos? ¿Quién somos?

“Soy el enemigo”.

El otro, el grano irreductible, el infierno. Lo construimos obstinadamente para tener materia donde asestar el golpe, para sentir el golpe de lo que no se posee y nos suscita. El otro como aquel que nos permite reconocernos en la impropiedad, en una pérdida sin compensación, salvo la del usufructo de un verbo. Beckett hacía fracasar la lengua para que diga, de una buena vez, de una vez por todas, algo verdadero. "Hacer fracasar" la lengua, ser un movimiento, un ajetreo incesante, una gramática. Ser una gramática, lucrar con ella, lucrar de ella. Que la lengua no sirve para darnos una consistencia, que es inútil, que nos deriva, salvo cuando los restos de su erosión copulan con la oquedad del cuerpo.

¿Hay cuerpo sin gramática? Hacer una gramática que devore. Devoramos cuerpo donde hace falta cuerpo.

"Soy el enemigo".

La piel del enemigo es resistente, tenaz.

Sade empujaba, era un proletario, trabajaba como loco. Ese ir incansable contra la membrana, del pudor, de la virtud, de la piel, ese ir contra el orden, religioso, político, social, natural. ¿Qué sería Sade sin nada que profanar?

Emasculado como estaba por esas letras penetrantes que ardían ascendentes para por fin alcanzar el objeto último de satisfacción que huía de su imaginación impotente.

A Sade la satisfacción sexual se le evaporaba, no escribía con tinta sino con trapos que absorbían una medida de placer y el resto se le escurría entre los dedos.

La guerra como el sexo es sádica porque procede profanando al otro, depredándolo, extrayendo su preciada pieza, ese objeto del cual hemos sido extirpados y que lo suponemos viviente en el cuerpo del prójimo. Una política de cobro, de saldar cuentas, una política de satisfacción sin resto.

Herir el órgano de la piel para que haya huella indeleble, para constatar que pasamos por ahí, que existimos.

Y el hueco del otro donde impacta la impropiedad en las que estamos.

"Soy el enemigo".

Esa voz mortal, demasiado mortal, va a hablar a pedazos la memoria de la devastación de la guerra, el desmantelamiento de los cuerpos, la expropiación de las lenguas, de los encuentros sexuales con Ella, argentina de origen armenio. Él y Ella no tienen nombres. No importan sus nombres, sí el nombre del lugar donde se encuentran, Armenia. ¿Pero cuándo aconteció Armenia? ¿Cuál su memoria?

Armenia, la tierra recuperada y perdida cada vez, una basculación que abre una grieta irreductible en el ser, la del objeto intangible. ¿Dónde comienza y termina Armenia? ¿En la extensión política de su territorio, en la lengua, en los hombres y mujeres armenias?

“¿Cuánta extensión se necesita para nombrarse?”

Armenia, recuperada y perdida en la escritura, como Eurídice, dos veces perdidas. Pulsar la lira de Orfeo para cantar el éxodo del objeto de amor arrebatado por las tinieblas, por haber querido ver más allá de lo que está proscrito, por haber querido ver lo que no está hecho para el ojo. Un canto que nos absuelva del sueño celoso de lo diáfano, de lo visible, y nos cifre para articularnos a un ser de la búsqueda, del vértigo, de la noche.

Armenia, el nombre de lo que fuga de la identidad.

Una voz se desvanece en el surco abierto entre dos continentes, entre territorios que empujan las fronteras, que se penetran, que buscan poseerse, como en el sexo. El cuerpo del ex-soldado armenio desfallece en lo limítrofe, entre Europa y Asia, ¿a quién pertenece el cuerpo?

Armenia, Nagorno Karabaj, Azerbaijan, Turquía. ¿Quién es víctima, quién victimario? Los contornos se confunden, se desdibujan.

“¿Víctima o verdugo?”

¿No es acaso que en el goce sexual se experimenta que el cuerpo del otro es impenetrable porque al pretender alcanzarlo lo despedaza? ¿Que existe una interdicción de posesión no hecha por el hombre sino por haber ingresado a la lengua? ¿No es éste el saqueo mayor, el perjuicio del que se cree víctima el hombre y que se cree con el derecho de reclamar una reparación?

El cuerpo del otro como el cofre del avaro, guarda la preciada pieza, el objeto de la desposesión primera. ¿Cuándo será el día que el hombre advierta que ese cofre debe permanecer cerrado, que su mensaje debe permanecer inaccesible?

“¿Víctima o verdugo?”

Y el sexo que disuelve. El sexo, esa marea de desapariciones.

¿Cómo escribir ese despedazamiento, esa desmembrar, esa dilución del cuerpo sexual, identitario, sino descomponiendo la lengua? Trozar la lengua, sexualizarla, racionalarla, gramatizarla con el hambre, para gozar con ella de una parcialidad; porque junto con la lengua no dada, está la satisfacción no dada y prometida: la de un goce omnímodo que nos amure, que cimente una lengua indefinida que nos esparce como arcilla.

Y la lengua que se des-hace para tocar, se deshace *por* tocar.

Y la necesidad urgida por cavar y cavar, y caer en ese pozo ciego por tocar, tocar el fondo. El cuerpo, desfondado.

Y la lengua, el muro que nos inocular el ansia del más allá y nos arroja a una existencia exiliada; y el cuerpo, lo que nos hace inferir que hay un lugar donde detenerse.

No escribir *sobre* el cuerpo, sino para tener alguno.

¿Deberíamos adoptar la máxima médica *Primum non nocere*, “Primero no dañar”? ¿No dañar a quién? ¿No dañar qué? La lengua nos ha dañado porque nos ha introducido en la carencia. Falta la palabra que diga quiénes somos, falta la palabra que diga qué deseamos, falta la satisfacción que nos experimente un goce definitivo. ¿Acaso este goce nos remediaría? ¿Acaso no vamos al cuerpo del otro porque somos sujetos no de plenitud sino de carencia?

“¿Víctima o verdugo?”

Ella, Él, dicen, querer herirse, querer mutilarse. ¿Decir querer dañar, llamar a herir el cuerpo del otro no es engendrarnos como sujetos de ese daño original? ¿Nos queda hacer fallar la lengua para que diga de su inviabilidad de recuperar esa parte de sí perdida? ¿Acaso no se trata de convertirnos en sujetos de esa pérdida más que en su víctima?

Los desposeídos hacen la guerra, hacen el amor.

Nos han arrojado expropiados al mundo. Nos han dado una lengua impotente para definir quiénes somos, una lengua rota. Nos amamos con esa lengua que se deshace, y el cuerpo le ofrece un lecho para que copule.

Un lugar, Armenia. Él, un ex-soldado armenio, Ella, una argentina de origen armenio. Tratar el origen, interrogar ese agujero. ¿De dónde provenimos? ¿De quién somos hijos? ¿Debemos reconocernos siendo finalmente hijos del lenguaje? ¿En eso nos hermanamos, ser huérfanos de palabras porque no hay ninguna última que nos justifique, que nos traduzca?

Trasponer en palabras lo que no es palabra, que la palabra sea una piedra que se arroje, un elemento punzante que perfore, una voluntad de atravesar membranas. Tal vez tengamos que aceptar eso, que la escritura sea una verdad sadiana, que la lengua no está esencialmente hecha para comunicar, para significar, para entendernos, sino para gozar.

Del vodka hecho con moras.

Escribir como ir hacia el frío extremo, hacia lo ártico, para sentir lo que abriga.

Tal vez la escritura sea una manera de darnos un cuerpo, algo óseo donde encarne una identidad que se disuelve, un lugar donde cauterizar esa hiancia abierta en el ser, para hacernos sujetos de esa pérdida y recibirla sacrificada, albergada en el regazo de lo imposible de restituir. Y escribir la imposibilidad de escribir esa pérdida, y que su nombre pueda ser Armenia.

**Adrián Dambolena**